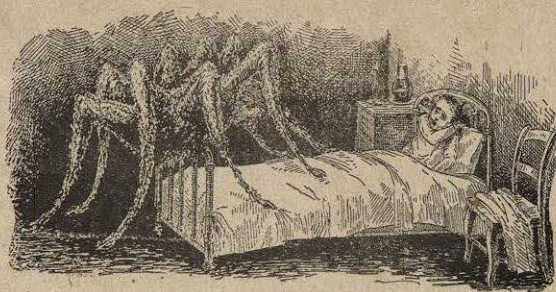


al pie del muro y bajo el botón de la campana eléctrica que no pudo alcanzar y á donde llegó arrastrándose, el cadáver del suicida que en su rostro y en la crispada mano asida á los relieves del lambrín de estuco, aún conservaba la expresión de la tremenda angustia que presidió su agonía.



“EL VAMPIRO.”

Era mi buen padre hombre de carácter apacible y débil, misántropo, sombrío, taciturno y meditabundo, cuyos cuarenta y cinco años parecían aumentados por una vejez prematura; los golpes de la adversidad, sin duda, habíanle encanecido trazando á la vez, en su rostro descolorido, surcos profundos; de corta estatura, su cuerpo ancho revelaba una complexión robusta y una obesidad anterior, modificadas por padecimientos morales. Cifrabá en mí, su hijo único, un amor infinito, una ternura duplicada por la falta del afecto maternal del que, al nacer, me privó la fiebre del puerperio, implacable y despiadada, que llevó á la joven esposa al fondo de su sarcófago.

De mi pobre madre, quedóme sólo un retrato: un cuadro de gran tamaño pintado al óleo y encerrado en un ancho marco cuyo dorado maltrecho acusaba, como los fragmentos desprendidos y faltos de la pasta moldeada, el maltrato de acarreadores y mudanzas. Era un lienzo valioso, una obra de arte verdadero: la escultural figura de una mujer de veintidós años, fresca y rozagante, de mirada llena de animación é inteligencia y sonrisa im-

pregnada de dulzura y gracia, se destacaba sobre un fondo de vegetación otoñal, una arboleda por cuyo ramaje penetraban los rayos del sol, de cuyos ardores defendía á la dama una pequeña sombrilla de seda roja sostenida por la diestra aristocrática que se apoyaba á la orilla del escote, sobre el hermoso busto cubierto por el corpiño de blanco raso, del que las abiertas mangas perdidas dejaban asomar dos torneados y mórbidos brazos, y de cuya cintura delgada rebosaba albeante el sedoso globo abullonado de la falda que descendía en amplios, blanquísimos y artísticos pliegues sobre la arena de la glorieta bordeada por alineadas matas de rosales en flor. La rubia cabellera flotando ondulosa á los lados del lindo rostro y recogida hacia atrás, el semblante bellissimo, el marfilino cuello del que pendía un bejuco de oro, los hombros y el suave y elevado pecho, surgían bañados por la encendida tinta transparente que tomaba la luz al atravesar la delicada tela del minúsculo quitasol, haciendo palidecer por el contraste, la abierta rosa de Castilla que oprimían los delgados dedos de la izquierda.

Cuando mi padre contemplaba conmigo este cuadro, esparcíase en su fisonomía una nube de tristeza, inyectábanse las conjuntivas de sus ojos llenos de lágrimas bajo las cejas contraídas por una expresión de dolorosa remembranza, sus labios comprimían el sollozo, y su mano, trémula de emoción, acariciaba los bucles de mi cabellera infantil, concluyendo por atraerme dulcemente sobre su pecho, donde me conservaba abrazado estrecha y largamente, en un silencio que yo respetaba, impresionado vívamente por aquel dolor grande y mudo.



Vivíamos en calle céntrica; pero poco transitada, en una casita pequeña, antigua construcción de fachada de tezontle y mochetas de cantería talladas en almohadillados en sus puertas y balcones asimétricos é irregulares, y en la azotea, en el centro, como remate del edificio, había un nicho de piedra con la descabezada escultura de un San Cristóbal que, por milagro evidente y apoyado en el tronco de árbol que le servía de bastón, sostenía acéfalo su santa carga. Franqueando el umbral del zahuán de gruesas puertas apolilladas bajo la pintura de almagre y cochambre que las cubría y montadas sobre chirriantes chumaceras, atravesando el cubo ó vestíbulo, se hallaba uno en el patiecillo empapado por el escape de la gastada bomba, al pie de la escalera de torcido barandal de hierro, toscamente forjado, y de escalones desiguales y vencidos hechos de lozas desgastadas y despostilladas, la que, ofreciendo en su mitad un descansillo, torcíase para formar su segundo tramo que daba á la puerta de nuestra antesalita con su alfombra de yute, su medio ajuar tapizado de tejido de cerda y su espejo de marmajada luna, sujeta por un marco de madera blanca que asomaba indiscreta bajo el disfraz de la tierra de Cassell con que se había tratado de hacerla pasar por nogal finísimo.

La pieza principal de la casa era el despacho de mi padre, contiguo á una salita que con la antesalita comunicaba, dando ésta igualmente acceso á la recámara donde dormíamos, y de la que se pasaba á un reducido comedor que separaba de la cocina un corredor angosto tendido sobre el tramo inferior de la escalera. La puerta y la ventana de la cocina tomaban su luz y ventilación de una azote-

huela donde, bajo una escalera de tosco palo viejo que conducía á la azotea, se hallaba el lavadero inmediato á un cuartito de criadas; finalmente, en dicha azotea había un desván ó cuarto destinado á guardar muebles y enseres de deshecho.

A esta casa fuimos á habitar después de mudanzas repetidas. Entre mis recuerdos de la niñez, conservo el de algunos muebles magníficos que con el esplendor de mi familia fueron desapareciendo, quedando sólo aquellos de escaso valor cuyo reducido número permitía el ahorro de rentas. Habíamos *venido á menos* paulatinamente y, en verdad, estos descalabros influyeron en buena parte sobre la creciente melancolía de mi padre.

Por toda servidumbre había en casa un matrimonio: él, un sastrecillo remendón que hacía veces de portero, y ella, que, además de compartir con él la vigilancia de la entrada, desempeñaba las funciones de recamarera y cocinera, subiendo del cuartucho oscuro y de paredes salitrosas y descascaradas, solamente el tiempo necesario para el desempeño de su cometido.



No recibíamos visitas, fuera de un viejecillo italiano que iba con frecuencia á ver á mi padre, con el que tenía largas conferencias á puerta cerrada en el despacho y de las cuales salía éste siempre nervioso, escitado, casi violento, quedando luego por muchos días sumergido en hondas meditaciones y permaneciendo horas enteras hundido en su sillón, con la cabeza entre las manos, ceñudo y taciturno.

El vejete me inspiraba una antipatía invencible, una repugnancia instintiva; cuando al llegar ó al despedirse tropezaba conmigo, parecía gozar con

mi angustia y con las indomables muestras de asco y desvío con que trataba yo de desasirme de sus manos huesosas y largas, frías siempre como las de un mono y que, con tremenda fuerza me sujetaban, en tanto que él reía, reía con una risa seca, hueca y que resonaba en su pecho como en la caja de una rajada guitarra, hasta que mi padre, con visible mal humor, me arrancaba de la férula odiosa, escapando yo con la ligereza de un gamo que se siente libre de la red que le aprisionaba. Pareceme oír aún la cascada risilla y ver la figura repulsiva de aquel extranjero; su cabeza gruesa y hundida entre sus agudos hombros levantados, su cráneo de ancha frente deprimida cubierto por una montera parda, su rostro de mandíbula recia y saliente, su nariz en forma de pico de ave de rapina sobre la boca de labios delgados y torcida por un guiño de socarrona malicia que dejaba asomar la extremidad de un largo colmillo amarillento, sus ojillos negros y saltones de mirada rápida y solapada que cubrían los párpados hipócritamente, sus orejas de lóbulo enorme, aquel rechoncho y panzudo tórax envuelto por un saco cerrado de astrakhan color leonado, por cuyas mangas salían dos brazos desmesuradamente largos y descarnados que correspondían con las piernas inconmensurables de andar menudo y silencioso; pareceme que le miro, envuelto en su verdosa capa rabona, cubierto por el grasiento sombrero de copa de anticuada forma, y experimento aún aquel estremecimiento, aquella sensación de malestar que me causaba su presencia, de la que sólo me sentía libre refugiándome en el desván, asilo silencioso donde pasó furtiva mi niñez, entristecida por el medio nubloso en que se desarrolló.



Tengo grabado en mi memoria hasta el más pequeño detalle de aquel desván situado en un rincón de la azotea, junto á un antiquísimo y abandonado palomar, especie de cuarto construido en la superficie de un metro cuadrado, de paredes carcomidas hechas de tezontle, y celdillas interiores superpuesta: nidos que fueron de las palomas arrulladoras, divisiones hechas con pedacería de teja pegada con cal que, requemada por el tiempo, había perdido su cohesión, dejando caer muchas de las pequeñas planchas de barro cocido, cuyos fragmentos sembraban el piso sobre un tapete de piedrecillas menudas, acumuladas en montículo al rededor de una ranura, por las hormigas coloradas cuyo ir y venir me servía de diversión. Aquella construcción ruinoso despertaba en mi fantasía la idea de un panteón abandonado con sus criptas vacías y su silencio pesado y letal.

Sobre el techo del desván y cargado sobre el ángulo formado por dos de sus muros, había un tinaco al que yo iba á asomarme, trepando ágilmente por el rincón del palomar y apoyándome con piés y manos en los huecos dejados por los tezontles desprendidos, no sin sacar alguna vez raspones en las rodillas contra las paredes pobladas de moscos que germinaban en la humedad del tinaco, al rayo del sol incubador. Cerrábase el desván por una puerta formada por una sola hoja rabona de madera reseca, rajada y apolillada, provista de una chapa de que yo tenía llave particular que hice con un clavo de herrador torciéndole la punta, y de la que me servía con habilidad singular, sin que hubiera otra abertura más, á excepción de una tronera ó claraboya practicada en un costado de la

pieza y á cuyo pié, en el exterior, habíase colocado un banco ó gradería de madera, que de verde fué pintado en sus mocedades, y sobre el que languidecían algunos tiestos con matas de yerbabuena, laurel, tomillo, malvón y margaritas.

Desde que ocupamos la casa, ni la escoba ni el plumero se habían dignado hacer una visita, de cortesía al menos, al cuartucho abandonado en que se veían hacinados, bajo las cortinas y flecos de las telarañas que colgaban de las vigas, consolas inválidas, sillas y sillones viejos que dejaban escapar por el sucio y rasgado tapiz sus intestinos de fibra, pasillos ahujados y pedazos de alfombra de deshecho, baúles llenos de papeles, un armario que se derrumbaba al peso de los rotos vidrios de sus hojas semi-desprendidas; dos, que fueron columnas de yeso y un fanal ó capelo clareado por algún coscorrón y bajo el que se desmayaba, en un jarroncillo roto de porcelana oro y azul, un ramo de descoloridas flores de cañamazo. Para completar el inventario, debo añadir un sillón mecedor austriaco cuyo bejuco destrozado completé insertando algunos pedazos de cordelillo, y cuya estabilidad procuré asegurar atando en sus destornilladas articulaciones, fragmentos de cuerda robados al tendedero con gran enojo y desesperación de nuestra "Maritornes-Pipelet." En aquel mueble se mecían mis ensueños de niño; en aquel aposento pasaba las horas muertas, contemplando por la claraboya el azul del cielo surcado de vez en cuando por fugitivas parvas de pajarillos, ó por alguna ave de rapiña que giraba lentamente en monótono círculo, ó bien, entreteniéndome con los combates que á menudo presenciaba en el interior de mi escondite.



Pululaban en aquella mi madriguera, dos clases de arañas: una, proveniente quizás de las macetas, pequeña, de movimientos rápidos, de cuerpo ancho, aplastado y velludo, negruzca y de patas relativamente cortas; pero gruesas y fuertes, y otra, la que habitaba en el techo del camaranchón: de cuerpo diminuto y ovóide suspendido entre sus patas largas y finas en extremo, de la familia de los aracnoideos falangídeos y á la que los muchachos suelen llamar *cáncer, espíritu ó muerte*, las que se columpiaban en los colgantes hilos, descendiendo lentamente por los muros y subiendo y bajando su cuerpecillo, como un gimnasta en las paralelas, sobre sus frágiles extremidades. Era curioso el observar el encuentro de dos de estos huéspedes: al verse una frente á la otra, ambas permanecían un instante contemplándose, fija é inmóvil la primera, y ejecutando la segunda rítmicos y pequeños movimientos de suspensión; á veces, después de la pausa, ésta se alejaba retrocediendo ó torciendo lentamente su camino; á veces, estirando una de sus patas, la tendía para tocar el lomo de su enemiga que sobre ella se lanzaba incontinenti agitando amenazadora sus mandíbulas; en ocasiones la provocación no era necesaria, sino que la primera emprendía contra la zancuda el ataque decisivo, que ésta evitaba valiéndose de las extremidades filiformes con la agilidad de un torero, quedando nuevamente en guardia, tendiendo precavida la sutil antena para tocar rápidamente el cuerpo enemigo, y retirándola con rapidez para emprender un nuevo rodeo, continuándose la lid de esta manera, por algún tiempo. En realidad, era una labor inteligente la efectuada por el astuto insecto: toman-

do de las glándulas de su abdómen la extremidad de un hilo, llevábale diestramente sobre el cuerpo de su adversaria, atándole, envolviéndole imperceptible y gradualmente en una red que concluía por inmovilizarle. Era en vano que ésta, al sentirse presa, se debatiera angustiosamente; terminado el tegido, los filamentos suspensores del rechoncho cuerpecillo avanzaban sigilosamente, hasta colocarle encima de la prisionera, doblábanse con lentitud, y el verdugo clavaba sus mandíbulas de vampiro sobre el cuerpo indefenso, abandonándole en su ténue sudario después de haberle sorbido la sangre y la vida.



Al mes de haber cumplido mis doce años, á la caída de una tarde tempestuosa, me había refugiado en el despacho de mi padre, ausente á la sazón, y procuraba calentar mi cuerpo aterido por el viento frío y húmedo, sentado en el sillón de piel de su escritorio, envuelto en uno de sus abrigos que tomé del perchero, y tratando de reanimar mis pies helados en la curtida y lanosa piel de carnero que bajo la mesa se encontraba. Al pié de la lámpara de petróleo que yo había encendido, estaba un libro encuadernado en rojo tafilete: era el tomo segundo de "La Divina Comedia" obra monumental que la prodigiosa imaginación y el lápiz maestro de Gustavo Doré enriquecieron con láminas incomparables, y las que me puse á contemplar una por una, hasta llegar á la número diecinueve, en cuya foja protectora de papel de China veíase á manera de rubro, la estrofa que ilustra:

O FOLLE ARACHNE, SI VEDEA IO TE,
GIA MEZZA ARAGNA, TRISTA IN SU GLI STRACCI
DELL'OPERA CHE MAL PER TE SI FE!

*"Oh insensata Arachne! también á tí te veía,
medio convertida en araña, yaciendo sobre los destro-
zados restos de la obra que tejiste en tu propio daño!"*

PUR. C XII V. 43, 44 y 45.

Impresionado por aquella atrevida concepción fantástica, permanecía yo absorto contemplándola. No pude contener un grito de sorpresa y terror: á dos pasos, al otro lado de la mesa, me contemplaba en pié el odiado viejecillo con la sempiterna risa socarrona en su rostro que me pareció aún más mefistofélico, por la roja luz que alumbraba su busto á través de la pantalla de tafetán escarlata. Mis dientes castañetearon y, de un salto, abandoné el sillón tratando de huir; pero él entonces se colocó delante de la puerta extendiendo sus brazos hacia mí y diciendo: "Ya sabes, chiquillo, no se pasa sin dar un abrazo" y en aquella postura, un tanto agazapado, avanzó atajando mis rodeos hasta agarrarme á pesar de mis gritos. En aquel momento la puerta se abrió y mi padre, muy pálido y con brusco movimiento, me sacó de entre las tenazas que me sujetaban y, amparándome, gritó con voz irritada: "He dicho á usted que no toque á mi hijo, ó vive Dios ... !" El brazo izquierdo del viejo se estiró hasta tocar el hombro de mi padre, en tanto que el derecho llevó la mano al ojillo de mi perseguidor, que guiñaba maliciosamente; á este ademán, mi padre refrenó su cólera y, tomándome por los hombros, me encaminó á la puerta diciéndome: "Es hora de que tomes tu alimento y te acuestes; vé hijo mío, vé tranquilo." Y besando mi frente, cerró tras de mí la puerta en tanto que yo me apresuré á ganar mi alcoba, donde sin pensar en tomar mi acostumbrada taza de café con leche y acosado por una sed atroz, bebí un vaso de agua yendo á acostarme en mi lecho, presa de escalofrío y malestar.



Dormí algunas horas con sueño intranquilo y agitado, despertando cada instante con sobresaltos, hasta que vencido por el cansancio, caí en un pesado sopor en el que mi imaginación calenturienta forjó una espantosa pesadilla: hallábame en el desván, en el desván prodigiosamente aumentado, la varilla de un mago había dado enormes proporciones á los muros, muebles y objetos allí arrumbados; veíalos como á través de una lente de aumento colosal y me sentía pequeño, diminuto, reducido al volúmen de uno de aquellos mosquitos que pululaban por el húmedo rincón. En medio del sucio enladrillado del pavimento, dos sombras se movían y poco á poco mis ojos, en un principio deslumbrados, pudieron distinguir en ellas forma y color.

Una era mi padre que, como un enfermo baldado, se arrastraba penosamente en cuatro piés, gateando como una criatura, hasta tropezar con la otra silueta; era ésta un ser sobrenatural, fantástico, inverosímil, monstruoso y terrible; era una gigantesca araña de múltiples, largas y asquerosas patas sobre las que se mecía el abdomen y la cabeza del viejecillo socarrón, del repugnante italiano: el leonado astrakan de su saco había extendido las gasas ó nudos de su tejido y era ya una piel cerdosa de pelos rojizos é hirsutos; por la ancha boca asomaba el sucio colmillo retorcido y, aumentados en número, los ojillos fosforescentes daban al rostro un aspecto diabólico.

Permanecieron ambos contemplándose, sonó la hueca risilla y una de las antenas del monstruo, después de tocar el vientre, estiróse hasta posarse sobre la espalda de mi padre quien se lanzó hácia su contrario que esquivó el ataque dando un rodeo.

Nuevamente volvió á alzarse la temible extremidad, tocando otra vez el dorso mi angustia no tenía límites, trataba de intervenir, de interponerme, de destrozar con manos y dientes la red de gruesos hilos que iba formándose y sujetando lentamente á mi desventurado padre ¡en vano!..... el terror tenía paralizados mi garganta y mis miembros, no podía moverme ni pedir socorro, veíame condenado á ser espectador de la inaudita lucha!

Terminóse la obra fatal, la red funesta apretó sus nudos; el horrendo fantasma avanzó hasta sobreponerse á su presa, descendió encogiendo los sustentáculos y clavó su mandíbula sobre la víctima indefensa que exhaló un lamento prolongado y doloroso



Desperté bañado en sudor frío; la fiebre me devoraba. Levantéme y, trastravillando, me dirigí al lecho de mi padre en pos de su auxilio y sus caricias El lecho se hallaba vacío y las ropas, por su arreglo, demostraban que no habían sido tocadas. Mi nerviosidad aumentó; haciendo esfuerzos supremos me lancé al despacho; la luz estaba encendida y la puerta entornada. Temeroso de que aún se hallara allí el detestado extranjero, permanecí escuchando unos instantes: el silencio más profundo reinaba en el interior, mi padre habría salido dejando el despacho abierto y con luz me decidí á penetrar.

¡Qué espectáculo! ¡Qué inolvidable espectáculo! ¿Qué conmoción más ruda podría experimentarse, que aquella que recibí ante el cuadro que vieron mis ojos dilatados por el pavor?

Mi padre, mi amado padre, el único ser que en el mundo me sirviera de amparo y de guía, yacía

exánime al pié del su escritorio en medio de un charco purpúreo y con el cuello dividido por una navaja de afeitar que conservaba abierta en su mano y, sobre el escritorio, encima del ya cerrado tomo de la Divina Comedia, hallábase un pliego abierto en que con temblorosas letras el suicida me pedía perdón por su abandono, motivado por la necesidad de salvar para mí lo poco que aún quedaba de su fortuna absorbida por el viejo maldito, de cuya férula escapaba por el postigo negro y misterioso de la muerte!

